



COSITAS ANTIGUAS

Los Pantalones Largos

Por Carlos Robreño

M. A. 14-1956.

No somos de los que pensamos neciamente que nuestros tiempos fueron mejores por el sólo hecho de ser nuestros. Entendemos que cada generación dispone a capricho de diversiones acordes con su época que se disfrutaban sin reposo en los años juveniles y que luego se añoran con ese agri-dulce sabor de los recuerdos cuando ya las canas comienzan a platear nuestras cabezas.

Debido a ello, quizás los jóvenes de ahora, andando los lustros, tengan para el "cha-cha-chá" los respetos sagrados de una danza litúrgica y la guayabera y la camisa de sports de llamativos colorines sean consideradas como prendas de vestir de rigurosa severidad, sólo apropiadas para asistir a entierros y conferencias científicas.

Pero, a pesar de tal amplitud de criterio, si estimamos que la vida humana está dividida en etapas cronológicas que no podemos salvar de un solo salto, pues la caja de soldaditos de plomo que nos llenaba de júbilo en los días infantiles no ha de despertar en el individuo el mismo sentimiento que en la edad dorada nos produce el beso de la amada y años más tarde la caricia inefable de los nietos.

Por tales motivos nos rebelamos contra esa moderna costumbre de vestir de pantalones largos al niño, apenas ha abandonado los pañales de la cuna, destruyendo así, con esa visión materialista que actualmente nos embarga la rosada ilusión que mantiene el infante desde que tiene uso de razón. ¡Ponerse los pantalones largos! ¡Llegar a ser hombre!

—X X X—

Cierto es que dicha prenda de vestir le quedaba rematadamente mal a todos aquellos que se la ponían por primera vez, ya que en tal ocasión no se trataba de pantalones cortados a la medida, ni aún de esos comprados hechos, de "apéame uno", en cualquier bazar barato.

Esos pantalones largos pertenecían siempre al hermano mayor o a un amigo que los prestaba para que furtivamente pudiese el imberbe beneficiario contemplar con las pupilas exageradamente abiertas, desde la tertulia del "Molino Rojo" las rumbas que bailaban la Petit Pilar o la Chelito Criolla y desde la del "Alhambra" los chistes de Regino López y Acebal, la soberana elegancia de

Luz Gil o las formas esculturales de Amalia Sorg.

A pesar de semejantes ensayos realizados a espaldas de la familia, el día que de manera oficial se estrenaban para no volvérselos a quitar más esos pantalones largos, tenía para los muchachos de entonces la misma emotiva significación que para una jovencita representaba la fiesta de presentación en sociedad a los quince años.

Y poco importaba que las pequeñas hebillas de las ligas que sostenían los calcetines nos pellizcaran a cada momento las pantorrillas; que ese movimiento instintivo que ejecutábamos con las manos sobre el pantalón al sentarnos con objeto de que las rodillas no le impriman mala forma a esa prenda de vestir resultara torpe y que un acné virulento en el rostro sirviera de certificado de nacimiento proclamando a todos los vientos nuestra corta edad. Nada de eso importaba: ¡ya éramos hombres!

—X X X—

Y ese día, siempre de grata recordación por el resto de la existencia, se volvía por la noche a "Alhambra" o al "Molino Rojo", pero entrando por la puerta principal, por la que conducía al pasillo de las lunetas. Después nos tomábamos un ron, aunque el líquido al pasar por el garganta nos produjera una ardencia hasta entonces desconocida.

Por último, antes de retirarnos a la casa paterna, nos arriesgábamos por uno de esos barrios de la ciudad que por su moral bastante equivocada no constituía un camino transitable en altas horas de la noche para los menores. Pero ¡ya éramos hombres!

Y se disfrutaba de todas las desviaciones de la hombría a plenitud, hasta que nos aventurábamos a pasar frente a la ventana donde la noviecita del barrio—ingenuos amores infantiles—a quien habíamos visto el día anterior, cuando todavía vestíamos medias largas y pantalones de bombachos, nos esperaba ignorando la sorpresa que le habíamos silenciado. Aquel lindo rostro de muñeca desfigurado por el asombro y aquella risa burlona con que recibía tal aparición eran un frío puñal de acero clavado en nuestras cálidas ilusiones de "hombres grandes". Para todos, lo éramos, pero para ella, que nos creía que estábamos disfrazados, no.